

MEJICO, 1968

LA OLIMPIADA DEL OXIGENO

En las mesas de los despachos de los hombres de negocios hay balones verdes, de oxígeno. Merle Oberon, la actriz, casada con un industrial mejicano, tiene junto a su cama dos tanques de oxígeno, cromados. Los huevos tardan cinco minutos en cocer. Los oficinistas temen las escaleras. En Méjico, las pelotas de tenis son especiales. En Méji-

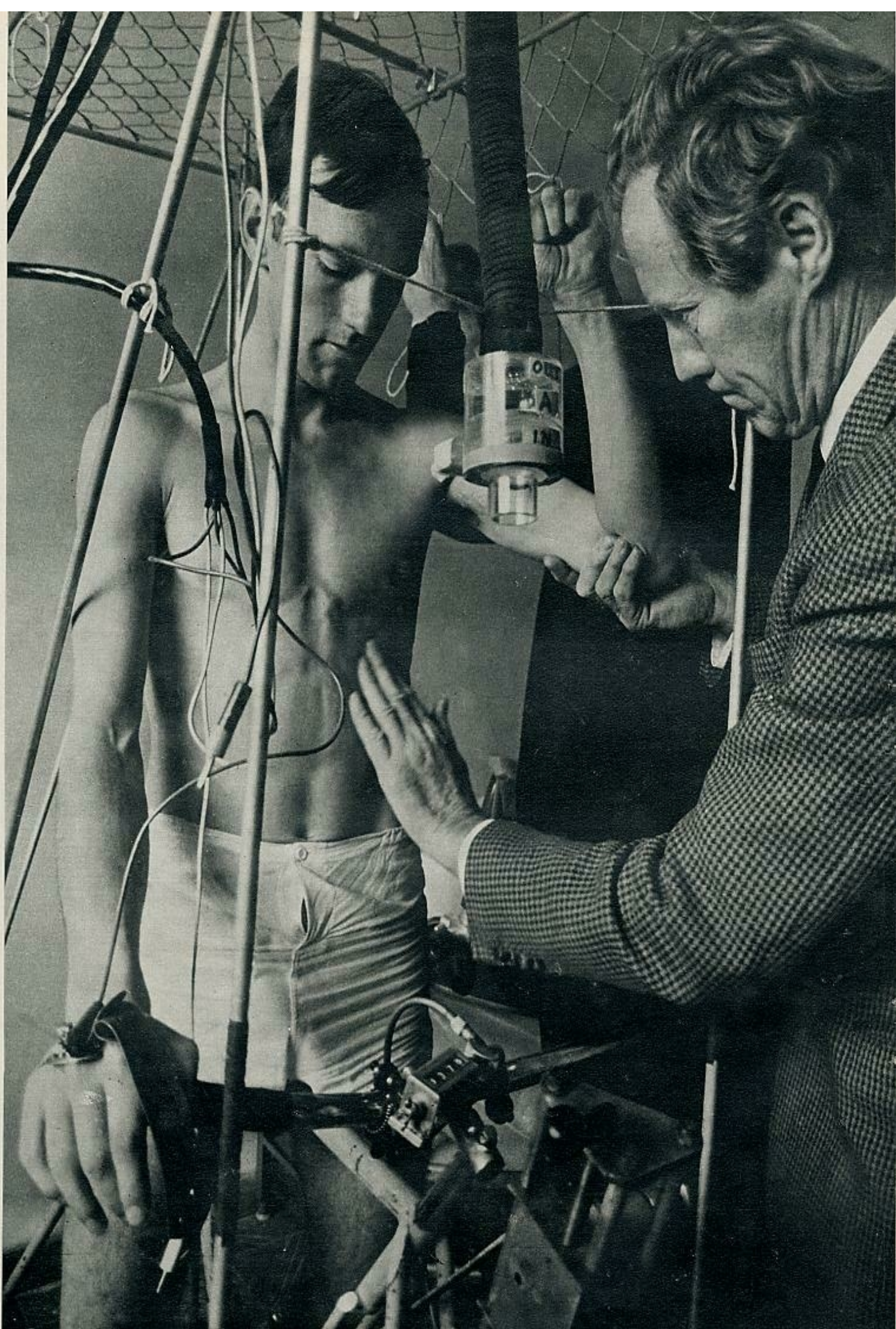
co, la presión atmosférica y la densidad del aire son un 25 por ciento inferiores que al nivel del mar. Porque Méjico está levantada a 2.500 metros sobre el nivel del mar.

Aquí se van a celebrar los Juegos Olímpicos de 1968. Aquí, según Onki Niskanen, entrenador del gran «marathoner» Abebe Bikila, morirá más de **SIGUE**

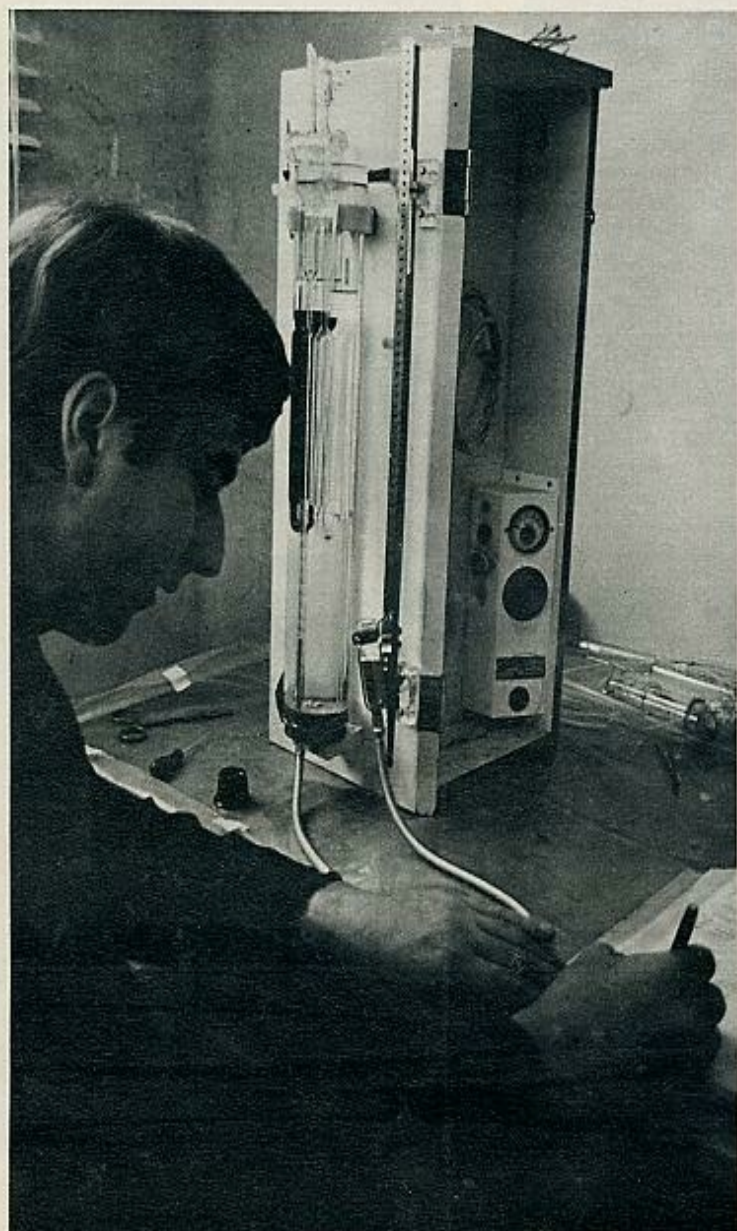


En la foto superior, el Dr. Griffith Puch, jefe del equipo médico británico, comprueba el funcionamiento del corazón de Turner durante la carrera de cinco minutos. A la derecha, Dom Kelly y los hermanos North, Geoff y Gerry, corren a través de un campo de plantas de plta, en las montañas cercanas a Toluca.





LA OLIMPIADA DEL OXIGENO

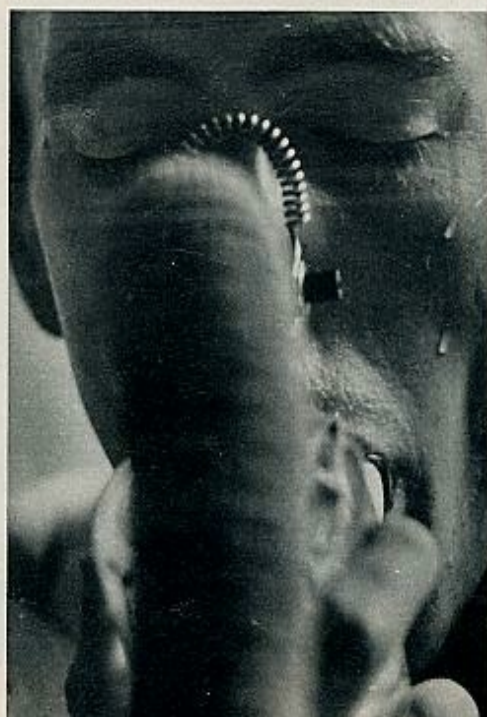


A la izquierda, el Dr. Griffith prepara a M. Turner, añadiendo electrodos para registrar la marcha del corazón. Arriba, a la izquierda, un técnico comprueba la calidad del oxígeno, y a la derecha, M. Turner recibiendo oxígeno después de una prueba. Abajo, un primer plano de Mike Turner usando el tubo exhalador.

un deportista. Christopher Brasher, Medalla de Oro en Melbourne, en 1956, escribió el verano pasado un artículo en *The Observer*, periódico dominical londinense, atacando apasionadamente la elección de Méjico como sede de los Juegos. Por ello, en octubre de 1965, 17 naciones enviaron más de 200 atletas y decenas de médicos a Méjico para una «pequeña olimpiada» experimental. Los ingleses se negaron. Realizaron su propio «test» de cuatro semanas, primero en Londres y después en Méjico. El equipo estaba formado por seis corredores de medio fondo, tres técnicos de laboratorio y dos médicos. Los «tests» estaban terminados en diciembre de 1965.

Los deportistas fueron probados sobre bicicletas inmóviles. Pedaleaban a golpe de metrónomo para establecer la relación entre el esfuerzo del movimiento y el esfuer-

zo respiratorio, el pulso y la calidad del oxígeno exhalado. Las pruebas normales eran de una milla y una vez por semana se practicaba una competición de tres millas. Los gráficos iban reseñando desde la presión sanguínea hasta el sueño. En los dos días de descanso por semana, los atletas hacían compras (los mejores sarapes se vendían en supermercados de estilo americano) o hacían excursiones por las montañas que cercan la ciudad. «Si tratas de mantener el aliento a tres mil quinientos metros —dice Mike Turner, estudiante de Economía en Cambridge— tiendes a pasarte. A cinco mil metros es durísimo incorporarse». Comían en la cafetería del María Isabel, un hotel lujoso. La diarrea era normal entre los atletas. Se salvaron los franceses, que habían traído su comida, cocineros y agua embotellada. **SIGUE**





El entrenador, J. Mesurier, observa atentamente el estado de M. Turner y Dom Keily al final de una carrera.



¿afectan las grandes alturas a los atletas?

La altura ayuda al atleta en la actuación pequeña: el aire ofrece menos resistencia. Pero esta ayuda tiene una contrapartida a medida que se prolonga la actuación. Entra en juego la «deuda de oxígeno», que está en función de la presión atmosférica. La presión conduce al oxígeno a través de la membrana pulmonar y hacia la sangre. El atleta tiene que compensar esta deficiencia de oxígeno, aumenta su ritmo respiratorio, el corazón bombea más cantidad de sangre y la sangre se sobrecarga de oxígeno. Al mismo tiempo los músculos se debilitan, el atleta se cansa, la actuación decae. Está comprobado.

Josué Sáenz, miembro del Comité Olímpico Mexicano, ha declarado: «Una actuación de dos minutos no es afectada adversamente; las que duren de dos a cuatro minutos depende de la adaptación del atleta a la altura, pero todo lo que su-

SIGUE

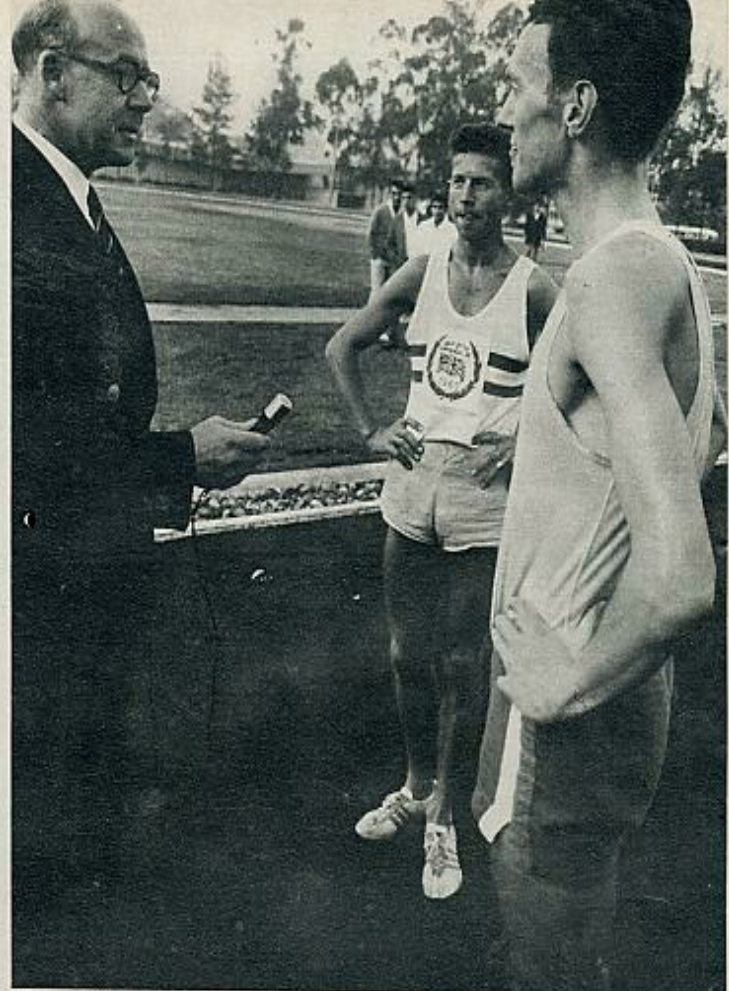


Después del entrenamiento, Dom Kelly —centro— y los North hacen compras en el mercado de Toluca.

LA OLIMPIADA DEL OXIGENO



Arriba, John Cooke y Martin Hyman junto a dos periodistas, en el nuevo estadio de Altela, que tendrá una capacidad de 105.000 personas, y que está ya prácticamente terminado. En la foto inferior, Geoff North, Dom Kelly y Gerry —hermano de Geoff— entrenándose a campo través.



El entrenador, John La Mesurier, comprueba la actuación de John Cooke en la semana final de las pruebas. A la derecha, el Dr. Raymond Owen, médico del equipo, recoge las impresiones de los atletas Gerry North y Mike Turner sobre carreras a grandes alturas, después de una de las carreras semanales de tres millas.

pere este tiempo sufrirá una buena disminución». Brasher concreta aún más. Según él, en las actuaciones «relámpago» —menos de 400 metros— «se superarán todos los records mundiales». Cita dos records mundiales superados en los Juegos Panamericanos celebrados en la ciudad de Méjico en 1955. Todos los *sprints* records de carreras de caballos se consiguieron allí. En la «pequeña olimpiada» no se dieron síntomas por los que se pueda esperar una embestida global a los records mundiales. El equipo inglés solamente realizó una prueba competitiva, la semanal de tres millas. El tiempo medio de la mejor carrera fue de unos cuarenta y seis segundos menos que en Londres. «Creo que empezaron a sufrir los efectos de la "deuda de oxígeno" a partir de los cuatrocientos metros», dijo el doctor L. C. G. Puch, un sicólogo y montañero cuyas experiencias de altitud incluyen la experiencia de invernar a 6.500 metros, en el Himalaya.

¿puede el atleta sufrir daño físico?

Los mejicanos alegan que nunca ha muerto ningún atleta por la alta presión sanguínea, la aceleración del pulso y el extremo

cansancio. Pero Brasher cita dos colapsos en los Juegos Panamericanos de Vancouver, en 1954. La opinión de Niskanen, veterano entrenador olímpico, que vive en Addis Abeba a 2.500 metros de altura, ha impresionado. Se empeña en que «habrá algunos que morirán». En la «pequeña olimpiada» se quejaban especialmente los boxeadores. John Cooke, un albañil de Hampshire y el mejor corredor inglés de tres millas, se mantuvo firme y ganó las cuatro carreras en que participó. Declaró: «Se siente uno sin forma, aunque sabe que la tiene». Durante los primeros días, el equipo daba pulsaciones de 160 después de las pruebas (contra 120 en Londres) y se llegó a registrar en un caso una presión sanguínea de 300. «Sería mejor decir que superó los doscientos —dijo cautamente el doctor Puch—. Nadie puede creer en una lectura de trescientos. Personalmente, yo no estoy seguro. No hay síntomas de colapso o de otras indicaciones adversas. De todas formas, no estoy preparado para dogmatizar en ningún sentido. Probamos solamente a un pequeño grupo». Sugirió que los boxeadores descansen un minuto y medio entre cada round y que el marathon se haga muy temprano por la mañana o muy avanzada la tarde.

¿será un remedio la aclimatización?

Noventa y seis horas son suficientes, dice Sáenz. La mayoría de los «pequeños olímpicos» se habían aclimatizado ya en sus propios países. Los americanos entrenaron a sus atletas en las montañas del Colorado y los escandinavos sometieron a los suyos en cámaras de presión. Mahomed Gammoudi ganó la carrera de los 5.000 metros en 14.40.6 y distaba mucho del record mundial del australiano Ronke. «Me entrené durante veinte días en los Pirineos, antes de salir, y otros ocho aquí —dijo Gammoudi—; a esto se debió la diferencia. Me encuentro estupendamente». Clarke, que había llegado a Méjico momentos antes de la carrera, consiguió el peor tiempo desde que tenía dieciséis años.

Al terminar el experimento británico se mostraron las cifras que demuestran la tesis de que los atletas necesitarán semanas para estar «en forma de Medalla de Oro». Frente al tiempo medio de los seis atletas en Londres —13.43.0—, los tiempos y porcentajes en Méjico muestran la disminución de la eficiencia: 14.48.4 (ocho por ciento), a los cuatro días de la llegada; 14.39.4

LA OLIMPIADA DEL OXIGENO

(seis con nueve por ciento), a los doce días; 14.36.2 (seis con seis por ciento), a los veinte días, y 14.29.2 (cinco con siete por ciento), a los veintiocho días. «Nadie puede pretender que la aclimatación pueda conseguirse en un mes —dijo Puch—, los atletas siguen mejorando. La curva no se nivela. Las actuaciones pueden mejorar todavía durante meses». Los mejicanos, al presentar su candidatura a los Juegos Olímpicos, aseguraron que noventa y seis horas eran suficientes para conseguir una adaptación a la altura. «Reconociendo la controversia —dijo Sáenz—, ofrecimos abrir la ciudad olímpica tres semanas antes de empezar los Juegos y correr con todos los gastos, teniendo en cuenta que la interpelación procede de un Comité Olímpico Nacional».

Se alegan ventajas para las naciones que tienen campos de entrenamiento a grandes alturas, ya que pueden enviar a sus atletas esos «varios meses» de que habla el doctor Puch. Las medallas de oro serían para ellos. Martin Hyman, un maestro inglés de treinta y dos años, que va a intervenir por segunda y última vez en una Olimpiada, ha declarado: «Si yo fuera un contendiente serio para la medalla de oro, me vendría aquí en la primavera de mil novecientos sesenta y ocho, antes de empezar los Juegos».

No es seguro que haya muertes de atletas; en todo caso, fue un fallo no realizar estos «tests» antes de elegir el sitio. «Ha existido muy poca cooperación entre el mundo del deporte y el de la medicina —ha dicho el doctor Puch—; espero que en los Juegos de mil novecientos setenta y dos no ocurra lo mismo. Es preciso tomar las decisiones pronto si los partidos internacionales deben jugarse en sitios extremos. Ya va siendo hora de que no utilicen a los atletas como peones de ajedrez quienes planean los Juegos».

Un día llevaron a Hyman y a Turner al cercano Popocatepetl —5.500 metros—. Hacía un frío terrible, había nevado y los charcos estaban helados. «Nunca me he sentido tan bien en una montaña —dijo Turner después del asalto de nueve horas—; ahora empiezo a encontrarme bien. Pero, de todas formas, me gustaría acostumbrarme durante otra quincena antes de la Olimpiada». A la mañana siguiente se unieron al resto del grupo que había estado pasando unas vacaciones en Acapulco y despegaron en dirección a Londres. Seguramente, los atletas no lo advirtieron, pero a causa del fino aire de Méjico las pistas de aterrizaje tienen un cuarto de milla más que las de Heathrow, en Londres.

DUDLEY DOUST
(Fotos Felipe Chano-
Camera Press-Zardoya)



John Cooke, campeón de las seis millas de los Condados del Sur, jadea después de una prueba de tres millas.